

ros, porque Dios lo manda formal y espresamente, y procuremos ejercer la caridad para con los pobres, pero de un modo cristiano, sin que la vanidad ni la soberbia presidan nuestras buenas obras, pues que en este caso perderemos todo el mérito para con Dios, y no recibiremos otra recompensa que esos aplausos que halagan el corazón mundano. Sea nuestra limosna hecha en lo oculto, á fin de que sea premiado por nuestro Padre, que vé lo oculto. Compadezcámonos de los pobres, así como Jesucristo se compadeció de aquella multitud hambierta: no podemos multiplicar el pan como el Salvador, pero podemos dar parte del nuestro, entristecernos con el triste y llorar con el aflijido.

Plegue á Dios que convencidos de las verdades que habeis oido, os decidais en adelante á ser misericordiosos con los pobres, dedicando á ellos lo que habiais de emplear en galas, adornos y demas cosas superfluas. Ojalá llegueis á sentir tal compasion de las necesidades ajenas que las mireis como propias, y os hagan quitar el pan de vuestra boca para socorrer á vuestros hermanos. Entonces sereis agradables á los ojos de Dios, quien en premio de vuestra caridad y misericordia la usará con vosotros, coronándoos de su gloria. Amen.

## SERMON

PARA EL LUNES

### DESPUES DE LA CUARTA DOMINICA DE CUARESMA.

**La profanacion de los templos es un pecado horrendo, que el Señor castiga con todo rigor.**

*Nolite facere domum Patris mei, domum negotiationibus.*

No hagais la casa de mi Padre, casa de tráfico.

Joan. cap. II, v. 16.

La vida de Jesucristo entre los hombres fué una vida de humildad y mansedumbre: al presentarse al mundo, tuvo por cuna un pesebre y por almohada las pajas que en él se contenian. Su objeto era destruir la soberbia, origen de nuestros males. Ni en las grandes contradicciones que esperimentó durante el tiempo de su predicacion, ni al recibir á Judas cuando con un ósculo de falsa paz le entrega en manos de sus enemigos, ni al ser insultado é injuriado en los tribunales, ni al sufrir los grandes tormentos de su pasion y muerte, alteróse en lo mas mínimo su semblante: resignado á la voluntad de su Eterno Padre, no desplegó sus



labios para proferir una palabra de queja. Sin embargo, el Evangelio de hoy nos presenta al Salvador alterado, y castigando con la mayor severidad á unos pecadores. ¿Cómo es esto? ¿No recibió con el mayor amor á una Magdalena? ¿No esperó á la Samaritana? ¿No mostró siempre lo sumo de su misericordia acogiendo entre sus brazos á los pecadores? Sí, cristianos; pero hay un pecado horrendo á los ojos de Dios; un pecado injuriosísimo á la Divinidad y este es el que hace que Jesucristo use de todo rigor con sus perpetradores: la falta de respeto al lugar santo; la profanacion de los templos, es el gran crimen que hizo alterar al mansísimo Redentor de la humanidad. Oid la narracion evangélica.

«Estaba cerca la Pascua de los judíos, y subió Jesus á Jerusalem: y halló en el templo á los negociantes sentados vendiendo bueyes y ovejas y palomas: y haciendo un látigo de cuerdas los echó á todos del templo, y los bueyes y ovejas, y arrojó por tierra el dinero de los negociantes y derribó las mesas, y dijo á los que vendian las palomas: quitad esto de aquí, y la casa de mi Padre no la hagais casa de tráfico.» Inferir podreis, mis queridos hermanos, por esta relacion evangélica, cuán detestable sea á los ojos de Dios el pecado de la profanacion de los templos, y cuán digno se hace de terribles castigos el que convierte la casa de oracion, en lugar de negocios profanos.

Si del modo que hemos visto arrojó el Señor del templo á aquellos traficantes, no obstante que los animales que vendian eran las víctimas para el sacrificio; ¿qué castigos no enviará á los cristianos que profanan, no un templo donde reside Dios en figura, sino real y verdaderamente como está en los cielos? ¿Qué crimen

mas horrendo será el de aquellos á quienes objetos profanos y pecaminosos atraen á la casa del Señor? Esas conversaciones continuas, esas posturas indecorosas, esas risas importunas, esas miradas inmodestas que cada dia advertimos en el lugar santo, ¿qué otra cosa significan sino una criminal falta de respeto ó una sacrílega profanacion de los templos? El Señor, mis hermanos, ha elegido estos santos lugares para que lleven su nombre eternamente, y para que permanezcan en ellos sus ojos y su corazon: el templo es casa de oracion, y Dios está dispuesto á escuchar las que le dirijamos ante los santos altares: pero así como ha elegido los templos para residencia de su corazon, exige de nosotros que le seamos fieles especialmente en su santa casa, respetando cuales debido el lugar santificado. Así lo mostró á Salomon, cuando este monarca le hubo dedicado el suntuoso templo de Jerusalem, y así nos lo advierte tambien á nosotros. Arreglándome, pues, á la doctrina de nuestro Evangelio, voy á haceros ver que así como Dios está dispuesto á escuchar las oraciones que le dirijimos en los templos, si van acompañadas de buenas disposiciones, castiga con todo rigor á los que profanan su morada. Tal es mi objeto.

Concededme, oh Dios de amor, el talento de la palabra, y purificad mis labios con el fuego de ese altar para que dignamente desempeñe mi sagrado ministerio. Os lo suplico por la poderosa intercesion de la que es templo vivo de la beatísima Trinidad, María Señora nuestra, á la que saludamos con el mayor afecto de nuestros corazones, repitiendo las expresiones del Arcángel. *Ave Maria.*



## PRIMERA PARTE.

Dios, que tiene un derecho indisputable á ser adorado en todo lugar por parte de sus criaturas, ha elegido ciertas casas para que en ellas le dirijan sus oraciones, y dispensarles mas particularmente las finezas de su amor. Por eso dispuso que se le edificase un templo en Jerusalem, para que fuese el centro comun de su alianza con aquel pueblo. Este templo que edificó Salomon, hijo de David, y en cuya fábrica se emplearon las mas preciosas piedras, las maderas mas olorosas, el oro mas puro y los artífices de mas acreditada habilidad, fué el primero que se consagró á Dios en la tierra. Extraordinarios prodigios dieron á conocer que se cumplia como no podia menos de cumplirse la promesa hecha por el Señor á Salomon á quien habia dicho, despues de la dedicacion del templo: «He elegido y santificado este lugar, para que en él permanezca mi nombre para siempre, y estén fijos sobre él mis ojos y mi corazon en todo tiempo (1).» En efecto, si Josafat alcanzó que los numerosos ejércitos de sus enemigos se degollasen por sus propias manos, fué por haber implorado en el templo el auxilio del Señor. Por haber orado al pié del arca el piadoso Ezequías, consiguió que un ángel del Señor, espada en mano, destruyese en una noche las terribles huestes de los Asirios.

Ahora bien, mis hermanos; Salomon habia dirigido una fervorosa oracion al Señor suplicándole hi-

(1) Elegi enim, et sanctificavi locum istum, ut sit nomem meum ibi in sempiternum, et permaneant oculi mei et cor meum ibi cunctis diebus. II. Paralip. cap. VII, v. 16.

ciese descender su misericordia sobre todos aquellos que le dirigiesen sus oraciones en el templo, y así se lo prometió el Señor á condicion de que los israelitas le fuesen fieles, no le volviesen las espaldas y reverenciasen su templo, amenazándoles si de otro modo obraban con extraordinarios castigos: y esto que allí no residia Dios con presencia real y verdadera como en nuestros templos. Contemplad, pues, cual deberá ser el respeto y la veneracion que debemos usar nosotros dentro de estas casas donde todo respira santidad, pues que es la habitacion dó reside el Santo de los Santos, el autor de la santidad. Sí, católicos: esta es la casa de Dios: *Domus mea* y por eso es casa peculiar y propiamente de oracion. Si en todas partes deben ejercitarse las virtudes porque el universo todo es un templo de su Hacedor supremo, en el templo debe abstenerse el hombre de todo otro pensamiento que no sea Dios, dedicándose enteramente á su servicio y adoracion en espíritu y verdad. Todo cuanto existe en los templos reclama nuestra mas profunda veneracion.

Asi es ciertamente: fijad vuestra vista en el Tabernáculo. ¿Quién existe allí aunque escondido á nuestra vista bajo el velo de los accidentes? ¡Ah! vuestra fé os responde que el mismo Jesucristo en cuerpo y alma: su cuerpo, su sangre, su divinidad, su humanidad, todo entero como está en los cielos á la diestra de su eterno Padre: sí, presente á nosotros está el Salvador y mas humillado y en estado de mayor abatimiento que en el pesebre y en la cruz, porque en ambos casos aunque ocultaba su divinidad, mostraba su santísima humanidad: pero en el Santísimo Sacramento de nuestros altares no solo oculta su



divinidad sino tambien su humanidad, reduciéndose á pesar de su inmensidad al estrecho círculo de una hostia, para que nos acerquemos con mayor confianza á impetrar sus divinas bondades. La sola augustísima y real presencia de nuestro Dios, exige como nos enseña la fé y nos persuade la razon un profundo respeto por nuestra parte. ¿Qué compostura, qué respeto no llevaríamos á la presencia del monarca que nos admitiese á su presencia? Pues conoced, mis hermanos, que los mismos reyes á quienes Dios nos manda obedecer y respetar son nada en presencia del que es rey de reyes y Señor de los que dominan, que es el que vive aunque con apariencias de muerto en nuestros sagrarios.

Contemplad, mis hermanos, los demas objetos que se os ofrecen á la vista en el Santuario. La pila bautismal, esa fuente sagrada donde fuísteis lavados del pecado que heredásteis aun antes de nacer: en ella dejásteis de ser esclavos del demonio y adquirísteis el noble título de hijos de Dios: allí rompísteis con el contacto de esa agua las duras cadenas que os aprisionaban al terrible carro del enemigo de nuestras almas, y ¿no os abismareis en la consideracion de esos tribunales de la penitencia que os manifiestan lo extraordinario de la bondad y misericordia de nuestro Dios? Sí, mis amadísimos hermanos: no se contentó nuestro amabilísimo Redentor con instituir el Sacramento del bautismo, sino que conociendo nuestra miseria y queriendo proveernos de remedio, estableció esas piscinas saludables en cuyas aguas nos lavamos de la lepra del pecado. Estas sagradas cátedras desde las que se os anuncian las verdades eternas, y se os enseñan vuestros deberes, el incruento sacrificio de la misa, donde

se ofrece Jesucristo á su eterno Padre, esas sagradas aras donde se derrama la purísima sangre del cordero sin mancilla, el signo de la santa cruz que os recuerda la obra de la redencion, esas imágenes de los que habiendo vivido entre nosotros, son hoy del número de los bienaventurados, y todo en fin cuanto veis en la casa del Señor, ¿no es digno de mayor respeto, no exige la mayor veneracion?

Ciertamente, mis amadísimos hermanos, esta es la casa donde el padre de familia, lleno de pena por los extravíos de su hijo, le espera con los brazos abiertos para estrecharle en su corazon: aquí es donde el pastor que ha perdido la oveja, da silvos amorosos para conducirla de nuevo á su rebaño: esta es una casa mucho mas franca que la de Simon el Fariseo, donde espera Jesucristo á los pecadores. ¡Cuán grande es la bondad y misericordia que Dios usa en sus templos con la criatura por miserable que sea! Despues que ha traído al pecador y este se ha lavado por medio de la penitencia, le llama á sí, le ofrece un banquete donde pueda regalarse con el manjar mas dulce: le da su misma carne, su misma sangre: su propio corazon. Unese al hombre con mas intimidad que dos trozos de cera derretidos al fuego se unen entre sí.

El Señor dijo espresamente á los hebreos: «Guardad mis fiestas y tened un profundo respeto á mi Santuario (1),» y los hebreos, por cumplir con este precepto, descalzábanse en la puerta, limpiábanse el polvo, estaban con la mayor reverencia, y cuando salian del templo andaban hácia atrás por no volver las espaldas al Santuario. ¡Qué confusion y qué vergüenza

(1) Custodite sabbata mea, et pavete ad Santuarium meum. Levit. XXV, versículo 2.



para muchos cristianos: en el templo que tanto respetaban los judíos solo habia el Arca de la Alianza, que era una figura del arca verdadera que se contiene en nuestros templos, donde como hemos dicho, habita Dios realmente y no en figura. Verdaderamente que nuestros templos son casas de Dios y puertas del cielo. Esas personas que por mas que sean de buenas costumbres, no guardan el respeto debido al templo, puesto que usan en él de conversaciones profanas, que cualquier objeto las distrae, que no atienden á los misterios y sagradas ceremonias del culto, ¿ignoran por ventura que están en la casa de Dios? ¿O será tal vez que han perdido la fé? ¡Ah! Que ya oigo que me contestan: No hemos perdido la fé: sabemos que estamos en la presencia de Dios. Pues entonces, ¿por qué le insultais profanando su Santuario? ¿Por qué estais en su presencia con menos decoro que estariais en cualquier visita de etiqueta?

Os he hecho ver, mis queridos hermanos, que todo en el lugar santo respira santidad: que la presencia de Dios, y los demas objetos que aquí se nos presentan exigen y reclaman uestro respeto profundo y devocion sincera. Quiero ahora que particularmente fijeis vuestra atencion en el santo sacrificio de nuestros altares.

Y desde luego toda religion, ora verdadera, ora falsa, ha ofrecido sacrificios á su Dios. Los gentiles que adoraban sus falsos ídolos les ofrecian las primicias de los frutos de la tierra, y su fanatismo les hacia ofrecer ante los ídolos á sus prisioneros de guerra. Los hebreos ofrecen aun los sacrificios que se mandaban en el sagrado libro del Levítico y que Dios tenia ordenado. Pero el mismo Señor que habia dicho á los judíos, in-

molarne las víctimas en el templo que he escogido, les dice despues: no me agradan ya las víctimas de Judá y Jerusalem. En efecto: la sangre derramada por los sacerdotes significaba aquella preciosísima y de valor infinito que vertida en el Gólgota habia de lavar todas nuestras iniquidades. El Eterno Padre aceptó el sacrificio cruento de la cruz, por el que se reconcilió con la humanidad. Este sacrificio de valor infinito es el que se renueva diariamente en nuestros altares de un modo incruento. Ofrecemos á Dios un sacrificio de latria, de gran gloria y honor á la divinidad. No podemos ofrecer á Dios cosa que le sea mas grata que este sacrificio eucarístico ó de accion de gracias, que es propiciatorio, porque ofrecemos en satisfaccion de nuestras culpas todos los méritos de Jesucristo, sus tormentos y su muerte. ¡Ah! Cuántas gracias, cuántas bendiciones descienden sobre nosotros por la celebracion del santo sacrificio de la misa! Nada puede mover mas en nuestro favor al Eterno Padre que este sacrificio impetratorio. Sí, cristianos: con el santo sacrificio de la misa damos gloria y honor á toda la Beatísima Trinidad, y conseguimos grandes bienes, no solo en nuestro favor, sino tambien en utilidad de nuestros hermanos que sufren en la Iglesia purgante, pues que se alivian sus penas y padecimientos, abreviándoles el tiempo de su residencia en las cárceles de fuego, y abriéndoles las puertas del paraiso. ¡Buscad, pues, una cosa mas grande, mas santa que el augusto sacrificio de nuestros altares! Ciertamente que no la encontrareis.

Contemplad, mis hermanos, por cuanto llevo dicho, cuán profundo debe ser el respeto y cuán cordial la devocion que debemos tener en los templos. Yo tiemblo de espanto al ver muchos cristianos que